

Manuel Vicuña

La belle époque chilena

1912



1917



TBiblioteca
Todo es Historia
Editorial Sudamericana

PRÓLOGO



DURANTE EL invierno de 1915, el escenario del Teatro Municipal acogió un espectáculo sin precedentes en su historia, consistente en la representación de tres cuadros, cada cual alusivo a una época distinta, que recreaban escenas del Santiago de las postrimerías de la Colonia y los albores de la República. El elenco de *Santiago antiguo*, obra montada con miras a recaudar fondos para caridad, estuvo conformado íntegramente por hombres y mujeres de la elite tradicional. Cerca de doscientas personas, encarnando a figuras de las más variadas ocupaciones y procedencias, salieron a escena con la idea de evocar el pasado capitulino mediante la recreación costumbrista. La prensa de la época no ahorró comentarios al respecto; en vista del éxito de las presentaciones, se grabó una película que intercaló los cuadros de reminiscencias históricas, esta vez ambientados en el Club Hípico, con tomas de edificios coloniales y objetos de época. La empresa editorial Zig-Zag lanzó un álbum promocionado como el "más hermoso adorno de un salón", con fotografías de las funciones, además de textos que discurrían sobre la historia de las alhajas y los trajes empleados. Llamó entonces la atención, y no deja de hacerlo ahora, que las vestimentas y los aderezos más vistosos proviniesen de los arcones, baúles, bargueños y cómodas de las casas patricias. En la revista *Pacífico Magazine*, se hizo hincapié en que parte del elenco no vistió "trajes de copia, sino de legítima procedencia, los mismos que llevaron las altivas damas y los encumbrados magnates de los comienzos del siglo pasado".¹ Al personificar a sus ancestros, luciendo atuendos suyos conservados por generaciones, la veracidad de la representación se sustentaba en la fuerza del linaje; el vínculo de sangre entre actores y actrices y sus respectivos personajes, tendía a entreverar ficción y realidad, así como a postular, al margen de la mudanza de las costumbres, la continuidad entre pasado y presente. Tal figura antigua, desempolvadas sus ropas, era revivida ahora por alguno de sus descendientes, para deleite de los espectadores, en su mayoría emparentados con los vivos y los muertos convocados por la obra.

Muchas transformaciones se interponían entre el Santiago antiguo y el moderno (entre el apocamiento de la Colonia y la fanfarria del Centenario), pero el grueso de las familias situadas en la cúspide de su jerarquía podían remontar su ascenso a la preeminencia social a fechas anteriores a la Independencia o, en su defecto, a décadas inmediatamente posteriores. No andaba en absoluto descaminado el colaborador de *Zig-Zag* que escribió: "Los mismos nombres que dieron brillo" a la sociabilidad de estrados, paseos y saraos, "se dieron cita [...] en nuestro primer coliseo para remedar a los abuelos",² cuando no a ascendientes más remotos todavía. Recreando ritos y festejos de un patriado identificado con la Independencia como gesta familiar y, por extensión, nacional, *Santiago antiguo* proyectaba a la actualidad el resplandor de sus glorias ancestrales. Bien puede que la nostalgia aligere el presente; diríase, también, que esos cuadros plásticos mostraban a una clase dirigente en el acto de reafirmar su identidad, sugiriendo los contornos de una trayectoria común. De ésta, particularidades aparte, han dado cuenta innumerables textos: los más, examinando materias relativas a los hombres; los menos, indagando en aspectos de la vida de las mujeres. Este libro quisiera reducir tal disparidad y, en el intento, favorecer un entendimiento más cabal y comprehensivo de la elite.³ Sin olvidar que las mujeres experimentan de modo diferente a sus parientes varones la pertenencia a una clase social particular, he evitado tratarlas en forma aislada, por separado de los hombres y del contexto general de la época, entendido aquí como el devenir de la sociedad urbana y de las vertientes principales del cambio social.⁴ La no integración de la historia de las mujeres a los tópicos ya consagrados de la disciplina, ¿no perpetúa acaso la marginalidad de la categoría de género como objeto de estudio, y de las mujeres en cuanto sujeto histórico? En términos temporales, el libro cubre todo el siglo XIX, extendiéndose además hasta el primer cuarto del XX; la década de 1910 recibe un tratamiento preferencial, atendiendo a los importantes cambios ocurridos entonces en la vida pública y privada de las mujeres de la elite, y, en particular, al viraje observado en los objetivos y en las motivaciones que gobernaban el curso de sus vidas.

El primer capítulo sirve de telón de fondo a los restantes; puesto que delimita el escenario donde se desenvolverá la narración, es admisible tomarlo por un texto introductorio. Abarca un largo periodo: desde las postrimerías de la Colonia al cambio de siglo. Lo primero que aborda es el análisis de la familia extensa como institución social clave en la constitución y el desarrollo de una elite, si bien radicada en Santiago, a escala nacional. La hegemonía política, el poder económico y la influencia social de ésta descansaron en redes de parentesco que la facultaron para conservar su posición de preeminencia en la cima de la pirámide social. Igual de relevante para la comprensión de la historia de la elite resulta la consideración de los cambios culturales experimentados por ella a lo largo del siglo XIX. Subyace a la variedad de estos fenómenos el uso, por parte de la oligarquía afincada en la capital, de múltiples recursos tendientes a

dar mayor realce a su distintividad social, así como a perfilar más claramente su identidad de clase. Para tales efectos, sus miembros, lejos de limitarse a adoptar nuevas costumbres, convenciones y patrones de consumo, o aprender lenguas extranjeras y adquirir gustos e intereses novedosos, transformaron a Santiago en tanto entorno material y, consecuentemente, *vehículo* de relaciones sociales. Dos efectos derivados de este proceso influyeron significativamente en la vida pública y privada de la elite en el último tercio del siglo; en concreto, el advenimiento de una alta sociedad y el desarrollo de un exclusivo mercado matrimonial, redefinieron el alcance y las prácticas de la vida social de la urbe. La conformación de matrimonios a partir del mutuo consentimiento de los virtuales cónyuges desplazó a la intervención autónoma de los padres al respecto, hasta entonces prevaleciente. Interpretando el papel de abnegadas chaperonas, sin embargo, las madres devinieron *brokers* del mercado matrimonial, adquiriendo de esta suerte un grado de influencia inédito en la alta sociedad.

Advierto desde ya que el análisis prosopográfico de la elite chilena, tema de indudable interés, no se cuenta entre mis objetivos. El retrato de la oligarquía ofrecido en el primer capítulo responde a un método que esboza rasgos de carácter, pero rehúye el concluyente realismo descriptivo del positivismo que, de tan aficionado a las piezas de caza menor, declina asumir riesgos interpretativos, aduciendo razones de orden científico. Como sea, he privilegiado el estudio de los varios medios de exclusión social adoptados por la elite, porque éstos también se desempeñaron como efectivas vías de incorporación de nuevos elementos a sus círculos. Aunque compuesta por un núcleo de familias situadas en la cúspide de la jerarquía social desde la época colonial, la clase alta comprendió asimismo a cuantos, a despecho de sus antecedentes, tarde o temprano ganaron para sí y sus familias una situación prominente, mediante el matrimonio, el liderazgo político, el éxito económico y/o la notoriedad conquistada en el plano intelectual. Esto aconseja suscribir la visión de las clases como procesos "en constante formación y adaptación", antes que como entidades fijas en un universo social ya asentado.⁵

El examen de las formas de sociabilidad emerge una y otra vez en el curso del libro. Si en el primer capítulo me ocupo de la importancia del Club de la Unión como instancia de sociabilidad masculina capaz de apaciguar las rivalidades políticas, en el segundo centro casi enteramente mi atención en el *salón* considerado como una institución social presidida por mujeres. En tanto seno de un particular estilo de sociabilidad mixta, el salón dotó a las mujeres de un medio para enmendar, si bien sólo parcialmente, las desventajas educacionales propias de su sexo. La figura de la cultivada y gentil *salonière* tiende a confundirse con un personaje de época representado, con variantes individuales, por diferentes anfitrionas. Sin negar que el cultivo del *arte de la conversación* entusiasmó a los hombres y a las mujeres de modos diversos, lo cierto es que el salón instigó el desarrollo de un *canon cultural* mixto, abriendo así un canal de comunicación, antes inexistente, entre ambos sexos. Partiendo de esta base, la

sociabilidad aristocrática se reveló aliada de la cultura; conste, eso sí, que el salón intelectual no congregó sino a un reducido círculo ilustrado de la elite.

A la vista de la gradual declinación del salón, en la década de 1910 se fundó el Club de Señoras, tema del tercer capítulo. Además de diversificar sus funciones y promover la educación femenina desde una plataforma más amplia, esta institución encarnó un esfuerzo por reformular las relaciones de género y erigir sobre cimientos más sólidos la vida doméstica y marital. Como ha señalado Carroll Smith-Rosenberg, para hombres y mujeres que han crecido en "grupos sexuales relativamente homogéneos y segregados, [...] el matrimonio representó un problema mayor de adaptación".⁶ Así las cosas, en Chile la educación femenina fue percibida como la piedra de tope del bienestar de la familia y del matrimonio entre compañeros; se puede decir entonces que las aspiraciones culturales canalizadas a través del Club anidaban en el ámbito de los afectos —y de sus carencias. Sea como fuere, al describir al Club como una institución proto-feminista inmersa en una narrativa emancipatoria, todos cuantos se han interesado en su historia han pasado por alto, invariablemente, aspectos cardinales de esta última. A fin de corregir esta perspectiva, aquí la relación entre los sexos es evaluada en función de la sociabilidad aristocrática; junto a la vida familiar, más adelante sostengo, ésta constituye un factor determinante a la hora de explicar la búsqueda deliberada por parte de las mujeres de cambios sociales atingentes a su condición.

Los dos capítulos restantes versan sobre otra institución femenina creada en los 1910s por mujeres de clase alta. Me refiero a la Liga de Damas Chilenas, punta de lanza de una cruzada moral femenina que obedeció al deseo de derrotar a los enemigos de (y alternativas a) la moral católica, tanto al interior de la familia como en los meandros de una sociedad cada día más compleja. La Liga representó un combativo movimiento de clara vocación antimoderna y antiurbana, a la par que una forma original y seminal de activismo femenino en la esfera pública. Su estudio arroja luz sobre los vínculos entre las mujeres de la elite y la Iglesia Católica, y, principalmente, sobre su reacción concertada contra la creciente influencia de actores seculares y manifestaciones culturales profanas en la vida social de la nación. Lo anterior implicó un cuestionamiento del papel interpretado hasta entonces por las madres y los valores tradicionales en la educación y socialización de sus hijas, y, en general, de su prole. Como resultado del afianzamiento de nuevas costumbres sociales, se auguró la formación de una radical brecha generacional, la cual implicaba una catastrófica restricción de la tradicional tuición ejercida por las madres sobre la sociedad juvenil. En el fondo, las integrantes de la Liga se opusieron a la difusión de valores profanos y de modos de vida alternativos. Para materializar tales objetivos, montaron una campaña contra los "males" de la sociedad moderna, establecieron mecanismos de censura, y abogaron por el reforzamiento de la autoridad maternal.

Por añadidura, se manifestaron favorables al desarrollo de un apostolado femenino asertivo, lo cual condujo a una redefinición de lo que comportaba una

experiencia religiosa apropiada para las mujeres. Se condenó la santa ignorancia de antaño, a la vez que se exaltó la ilustración ceñida a la recta doctrina. El compromiso y la experiencia religiosa debían nutrirse simultáneamente de —y hundir sus raíces en— el corazón y la mente. Según rezaba el argumento, era imperioso cultivar el potencial del intelecto como fuente de conquistas apostólicas y de plenitud religiosa en el plano individual, dados los beneficios que en ambos casos se desprenderían para la influencia social, presente y futura, del catolicismo. Este propósito también informó su aproximación a la "cuestión social". En orden a abordar sus desafíos, crearon asociaciones de trabajadoras católicas e intentaron modernizar las organizaciones de caridad. La Liga de Damas evidenció como ninguna otra institución de la época hasta qué grado las mujeres aristocráticas instrumentalizaron la ideología doméstica con arreglo a sus propios intereses, en una forma no por contumazmente conservadora, menos inventiva. Sus adherentes usaron el rol culturalmente adscrito que las impulsaba a velar por el bienestar material y espiritual de la familia, como un vigoroso argumento en pro de su actividad pública como reformadoras morales. En buenas cuentas, de una fuente de autoridad basada en criterios de género, extrajeron el sentido de misión providencial que las alentó a ampliar el alcance y el poder normativo de sus propios valores y creencias.

El estudio de las mujeres en sociedades patriarcales representa un reto singular. En comparación con los documentos que registran los hechos relativos a la existencia de los hombres, las fuentes históricas a nuestra disposición, fuera de escasas, la mayoría de las veces resultan mortificantemente fragmentarias. Así, el problema de la documentación parece reafirmar su eminencia entre las prácticas de la disciplina. En mi caso he recurrido a una variedad de fuentes impresas y a un número pequeño pero gratificante de documentos inéditos. Los pocos estudios que se ocupan bien directa o tangencialmente del salón, del Club de Señoras y de la Liga de Damas Chilenas, han descansado invariablemente en una serie restringida de fuentes; las visiones divergentes presentadas aquí, son atribuibles a una reinterpretación de textos estudiados con antelación, al igual que a la interacción de una colección documental más extensa y diversa.

Mención aparte merecen las revistas ilustradas creadas en las dos primeras décadas del XX. Adelanto que probaron ser fuentes particularmente informativas. Al prestar cauces de expresión a perspectivas diferentes y en ocasiones aun reñidas entre sí, y abordar tópicos diversos a través de medios visuales y verbales a la vez, dichas revistas permiten una fecunda "pluralidad de lecturas", según la justa expresión de Roger Chartier.⁷ El interés que concedieron al ámbito doméstico propugnó el develamiento de cara al público lector de temas anteriormente confinados, en lo fundamental, a la esfera privada y a la trama narrativa de las novelas costumbristas y naturalistas. Materias tales como la temprana educación de los niños; la relación entre los cónyuges; la influencia moral de la madre y su papel como confortadora al interior de la familia; la relación entre la servidumbre y las dueñas de casa; la promoción de un manejo

racional de los asuntos domésticos; la publicación de artículos que aspiraban a establecer lazos de intimidad entre autor y lector, mediante el recurso a modalidades de expresión convencionalmente privadas y confesionales, como diarios personales y cartas; los pormenorizados consejos en materias referentes al gusto, a las maneras, a los arcanos de la etiqueta, a la moral y a la conducta personal; la definición de la decoración interior como un medio propicio a la expresión estética de la individualidad o subjetividad femenina; el elogio de la faceta doméstica de mujeres de renombre; y el análisis de temáticas sugeridas por las cartas de las mismas lectoras al personal de las revistas, contribuyeron a transformar materias otrora de exclusivo valor privado y personal, en asuntos de legítimo interés público.

Este proceso guarda evidentes correspondencias con la creación y el funcionamiento de la esfera pública burguesa europea, al menos en los términos postulados por Jürgen Habermas. Como afirma John Brewer, la "esfera pública tiene el rostro de Jano: busca inmiscuirse en materias de Estado pero también amenaza con colonizar a la esfera doméstica".⁸ Retrospectivamente, lo último es una bendición para los investigadores, ya que permite abordar desde múltiples ángulos el mundo privado de la elite, volviendo de tal suerte menos evasiva la historia de las mujeres de clase alta a comienzos del siglo XX. Las revistas ilustradas revelan tanto sobre la vida de las mujeres en sus diversas facetas, tanto sobre la interacción entre la esfera pública y privada, como entre el hogar elitario y la institución de la familia. No está de más apuntar que varias mujeres escribieron en estas revistas; en algunos casos, éstas se dirigieron exclusivamente a un público lector femenino, siendo incluso editadas —valga de ejemplo *La Revista Azul*— sólo por mujeres. De lo cual se infiere que constituyeron significativos cauces de expresión femenina, al tiempo que nuevas vertientes de la opinión pública. Resta decir que las revistas ilustradas ofrecen un *tableau vivant* de las exclusivas actividades de la alta sociedad, esto es, una mirada atenta a su desenvolvimiento justo cuando el ocio aristocrático alcanzaba sus máximos niveles de esplendor, al punto de poder hablarse con propiedad de la existencia, pasajera sin duda, de una *belle époque* chilena.

Aunque este libro adeuda bastante a los estudios previos sobre la oligarquía, no por ello se abstiene de cuestionar algunas de sus premisas y conclusiones. El valioso trabajo de Luis Barros y Ximena Vergara merece especial atención, puesto que representa la única investigación enteramente dedicada a la cultura patricia alrededor del 1900.⁹ En líneas generales, ofrece un análisis sistemático de los valores, de las creencias y costumbres de la "clase dominante", además de llevar a cabo un esfuerzo sin antecedentes por ilustrar de qué forma su visión de mundo encarnó en patrones típicos de conducta y en un determinado conjunto de relaciones sociales. De acuerdo con su interpretación, este "modo de ser aristocrático" se desarrolló cuando declinaba el siglo XIX, cristalizando hacia 1900 en un rígido sistema normativo. En los albores del XX, en consecuencia, los oligarcas estaban a merced de una mentalidad y un modo de vida heredado de sus ancestros; los miembros de la elite, en tales circunstan-

cias, habrían perdido la condición de *creadores* de su propia cultura, para devenir en meras *criaturas* de la misma. Este cambio observado en la historia cultural de la elite se traduce en un desplazamiento en las modalidades de análisis empleadas por estos autores. La perspectiva subjetivista, en cuyo nombre los agentes bajo consideración califican como árbitros de su destino, es reemplazada por un enfoque objetivista. Éste basa sus explicaciones en las estructuras sociales, en los factores económicos, en las condiciones materiales o en las lógicas culturales, antes que en los deseos, en las acciones y creencias de los actores sociales, así despojados de la calidad de protagonistas respecto a la definición de sus propias trayectorias vitales, y privados de toda relevancia al momento de dar sentido a los fenómenos colectivos.

Después de la Guerra del Pacífico (1879-83), plantean estos autores, la fortuna salitrera canalizada a través del Estado proveyó a la elite nacional con una fuente inédita de riqueza, que en lo sucesivo transformó sustancialmente su cultura y su existencia cotidiana. En Santiago el dinero pasó a jugar un rol cardinal en la definición de la eminencia social; sólo aquellos visiblemente embarcados en un tren de vida mundano y rutilante, marcado por el ocio sofisticado y el consumo conspicuo, podían aspirar legítimamente al *status* privilegiado de genuinos aristócratas. Elementos tradicionales de la identidad de la oligarquía como el orgullo del propio linaje, su estilo de vida presumiblemente austero, su sentido de superioridad espiritual y de misión providencial en cuanto cabeza natural de la nación chilena, perdieron gravitación ante el ascenso de la ostentación de la riqueza como criterio de valoración social e individual. El nuevo carácter plutocrático de la oligarquía santiaguina relegó el antiguo modo patriarcal a las elites de provincia todavía moralmente condicionadas por la organización social y la matriz cultural de la hacienda; en otras palabras, la elite nacional habría dado la espalda a sus raíces rurales, a fin de llevar una hedonista vida social en la capital. Según Barros y Vergara, su poder político, social y económico, representaba un hecho inobjetable a esas alturas; en ausencia de cualquier desafío a su hegemonía, los oligarcas podían confiar enteramente en el valor presente de sus logros pasados, sin temer por el menoscabo de su condición privilegiada. En resumidas cuentas, no existían motivos para intentar readaptarse a cambiantes realidades sociales; carentes de apremiantes estímulos creativos, sostienen, la elite se abandonó a una "suerte de inercia social".¹⁰ Bajo tales condiciones de suprema estabilidad, la oligarquía se abocó, con un celo narcisístico rayano en el autismo social, al apacible goce de sus exclusivos ritos mundanos. En dicho escenario, los vínculos de reciprocidad entre patrones e inquilinos y sirvientes, entre gobernantes y gobernados, se tornaron irrelevantes; las nuevas formas de sociabilidad imperantes y los estilos de vida cosmopolitas, concedían protagonismo a los aristócratas con radical exclusión de otros sectores sociales, los que a lo sumo intervenían a título de funcionales proveedores de servicios, nunca en calidad de interlocutores reales. De este modo, Barros y Vergara concluyen por decretar la radical alienación psicosocial de la elite con relación al resto de la comunidad nacional.

Esta interpretación, aunque a menudo acertada, requiere ser rectificada en varios puntos. Para comenzar, la cultura de la elite no se mantuvo a salvo de la controversia durante el cambio de siglo. De lo anterior se desprende que tampoco representó una entidad monolítica. Si bien estos autores identifican y tratan con lucidez temáticas tan cruciales como la "aristocratización del dinero" y la preeminencia del consumo conspicuo en tanto dispensador de *status* social, no captan la naturaleza dinámica de su objeto de estudio. Presentan una imagen congelada de un fenómeno social animado por la acción de tendencias en conflicto; de esfuerzos deliberados por replantear las relaciones sociales y de género; de un activismo femenino sin precedentes en la esfera pública; y del análisis de los méritos y deméritos de los principios y las prácticas que determinaban la identidad de clase y la vida cotidiana de la elite. El "modo de ser aristocrático" no correspondió a una forma de vida asumida sin más, como algo que se da por sentado; con frecuencia constituyó un tema de debate, así como un blanco de la crítica y un motivo de desvelo para el espíritu reformista. Los significados de la identidad de clase eran múltiples, en absoluto unívocos, máxime de abiertos a la renovación cuando confrontados con nuevos fenómenos culturales, condiciones sociales y expectativas. A pesar de la atención que prestan al proceso histórico que condujo a la configuración de un particular "modo de ser aristocrático", Barros y Vergara describen la cultura oligárquica de comienzos del XX como una estructura al margen del cambio; como un repertorio de actitudes, de creencias y de prácticas generadas en el pasado reciente, y sin embargo inmunes a la influencia modeladora de la historia a la sazón actual.

Añádase que minimizan la diversidad intrínseca a las fuentes que utilizan. Pese a recurrir con insistencia a los textos de ficción escritos por oligarcas que adoptaron posiciones críticas frente a los valores, usos y costumbres de su clase, desisten de considerar sus casos como expresiones de modalidades alternativas y divergentes, pero igualmente legítimas, de "ser aristocrático". En substancia, para Barros y Vergara los hombres y las mujeres de la oligarquía se confunden con la imagen de autómatas *programados* por una cultura avasalladora: nada más que seguidores pasivos, sumisos y acrílicos de las usanzas y sensibilidades de la sociedad elegante, establecidas con la fuerza imperiosa del dogma y el poder atávico de la costumbre. De ahí que concluyan por calificarlos como "participantes de una comparsa que repite hasta la saciedad una misma ceremonia".¹¹ Dicho todo lo anterior, poca falta hace precisar que exageran la capacidad prescriptiva de las convenciones sociales.

Muy distinto es el enfoque ensayado en este texto. En adelante se intenta mostrar que las mujeres de clase alta (se infiere que los hombres también), no por haber sido moldeadas por su herencia cultural dejaron de participar en la transformación de la misma. Al equiparar a los tipos sociales que retratan con la elite en su conjunto, Barros y Vergara pasan por alto el carácter culturalmente heterogéneo de una clase que, no obstante poseer una distintiva identidad colectiva, estuvo conformada por un coro de voces y una gama de diferentes, aunque no siempre discordantes, perspectivas. Producto de su omnímoda defi-

nición de lo aristocrático, para peor, la condición de género es subsumida en el concepto de clase; en lo medular, la "imagen de la mujer aristocrática" es esbozada a la luz de -y con referencia a- un paradigma masculino.¹² Más aún, Barros y Vergara postulan que en los albores del XX las mujeres aristocráticas (o, en su defecto, sus representaciones) se circunscribían a dos tipos sociales bien definidos: de un lado, la matrona piadosa y doméstica; del otro, la dama mundana y elegante. Otra vez sus retratos adolecen de vida y pecan de inmovilidad. No conciben la posibilidad de personajes intermedios, a mitad de camino entre ambos modelos. Bien mirado, tampoco admiten la existencia de mujeres tensionadas por la adhesión, en su fuero interno, a los valores divergentes propugnados por cada estereotipo; en virtud de la conjugación de rasgos de personalidad en apariencia disímiles, lo cierto es que no escasean las mujeres de la época que tienden a sustraerse a tales caracterizaciones.

En conclusión, los tipos sociales delineados por Barros y Vergara participan de una concepción de la cultura como una matriz altamente constreñidora, al interior de la cual los individuos se desvanecen. Siendo fieles a su método de análisis, es legítimo postular que las creencias y conductas de los aristócratas, sujetos encapsulados en un microcosmos cultural invariable, bien pueden ser descodificadas a la manera de símbolos imbuidos de un significado estable. Conforme a un punto de vista común en las ciencias sociales, los autores perciben la cultura como un sistema que es "relativamente estático y cerrado sobre sí mismo, no como una dinámica central y un factor formativo" en la vida diaria de las sociedades y en el advenimiento de los acontecimientos que jalonan su devenir.¹³ El estudio de las mujeres de clase alta como chaperonas, *salonières*, dilettantes y personajes públicos, apunta en sentido contrario. Revela cómo en una sociedad dominada por hombres, las convenciones sociales y los patrones de comportamiento restrictivos, en la práctica pueden operar como una estructura que, pese a su carácter coercitivo, posibilita y asiste la acción de las mujeres orientada a trascender sus limitaciones intrínsecas. Como ha precisado Giovanni Levi, teórico y practicante de la microhistoria, todo sistema normativo, sea cual fuere su poder prescriptivo, ofrece, en razón de sus mismas inconsistencias internas, oportunidades de manipulación y negociación individual respecto al alcance y al significado de sus reglas.¹⁴ Esta investigación confirma dicho aserto. Las mujeres estudiadas en este libro no fueron víctimas pasivas de sus circunstancias vitales, sino agentes sociales capaces de adaptar venerados roles de género a la forma de sus designios particulares.

Casos como los suyos ejemplifican la operación histórica -a juicio de Gilles Lipovetsky, típica de la modernidad- que hace de las tradiciones relativas al rol diferencial de los sexos parte constitutiva de la lógica del cambio social favorable a la emancipación femenina.¹⁵ Las formas ancestrales de la identidad femenina, en la eventualidad de no obstaculizar el desenvolvimiento de este proceso, son recicladas, y aun movilizadas, en favor del mejoramiento de la condición de las mujeres. Contrariando la sabiduría popular, no son desechadas. Por consiguiente, las distinciones de género, aunque todo lo sólido se desvanezca en el

aire, se reafirman por nuevas vías, conservando de esta manera su poder soberano en lo tocante a la construcción social de la realidad. En relación con las mujeres que protagonizan esta historia, ésa que me apresto a contar, la verdad es que los cambios antes aludidos han sido comúnmente ignorados, acaso porque no fueron acompañados de grandes gestos contestatarios frente a las convenciones sociales. El acomodo prevaleció por sobre la ruptura. Y aunque es seguro que las *salonières*, las integrantes del Club de Señoras y las cruzadas de la Liga de Damas Chilenas, vivieron sin contravenir mayormente las definiciones vigentes de la femineidad, cabe precisar que así y todo se las ingeniaron para diversificar la gama de roles sociales y oportunidades al alcance de las mujeres de clase alta. Como se lee en un libro de semblanzas femeninas de 1919, parte de la notoriedad de las mujeres rescatadas en sus páginas —entre las cuales aparecen fundadoras del Club y al menos una acendrada *salonière*— dimanaba de su presunta capacidad para “forzar la órbita de su esfera llegando hasta los umbrales de un *feminismo* más avanzado, que las ha arrastrado a introducir ciertas innovaciones en sus antiguas tareas, por cierto sin el menor desmedro de las que han tenido siempre a su cargo”.¹⁶ Obrando según estas directrices, alentaron una sutil dialéctica entre continuidad y cambio; aunando la devoción a la tradición con el abandono de viejos modelos, evidenciaron que incluso los más rígidos sistemas normativos admiten una flexibilidad interpretativa a veces liberadora, como atestigua la ganancia de márgenes de acción independiente.



El origen de este libro se remonta al manuscrito de mi tesis doctoral para la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge. En el proceso de investigar y escribir ambos textos, cuyas diferencias van más allá del idioma, he recibido la ayuda de muchas personas. A la hora de agradecer su aporte, no puedo sino comenzar por mi supervisor, David Brading, cuyas observaciones, sugerencias y fe en un proyecto al comienzo más dado a despertar incredulidad que confianza, contribuyeron a mejorar el texto de la tesis de manera significativa. Eduardo Posada-Carbó y Charles Jones, examinadores de ésta, me hicieron indicaciones muy provechosas con miras a su publicación. Otro tanto adeudo a Sofía Correa, John Hassett, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Matías Rivas, Rafael Sagredo, Patrick Lowery-Timmons, Enrique Walker y Soledad Zárate, quienes tuvieron la gentileza de leer, bien en inglés o en castellano, partes cuando no la totalidad de alguna de las versiones de este libro, haciendo a un lado tareas propias, sin importar cuán ocupados estuviesen. Previsiblemente, el alcance de sus aportes quedó restringido a la medida de mis posibilidades, por lo que las falencias de este libro son de mi exclusiva responsabilidad. Escribir (una tesis en inglés, un libro en castellano: años de trabajo) supone entusiasmo, disciplina y, en definitiva, una forma de vida, todo lo cual habría resultado difícil de sobrellevar sin la compañía y la complicidad de Angélica Lavín,

cuyo afecto tanto hizo por despejar las rachas de desaliento que todo proyecto de esta naturaleza conlleva; quizá dedicar libros sea un modo más bien pobre de agradecimiento y retribución, si bien tiene la virtud de hacer pública una deuda, en este caso, invaluable.

El personal de las bibliotecas Nacional, del Congreso Nacional, del Museo Histórico Nacional, de la Facultad de Teología de la Universidad Católica y del archivo del Obispado Castrense de Chile, ayudó a que mi investigación resultara fructífera. Diego Montalva, Daniel Osorio, Claudio Rolle, María del Pilar Rodríguez y mi madre, Pilar Urrutia, prestaron su apoyo a este proyecto de distintas maneras, todas vitales para su desarrollo. Mis agradecimientos también a Germán Marín, por su compromiso con la publicación del manuscrito. Invitaciones a exponer mi trabajo en el Primer Encuentro Argentino-Chileno de Estudios Históricos, en el Departamento de Historia de la Universidad Católica y en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago, me dieron la oportunidad de debatir mis planteamientos, con los consiguientes beneficios; mi gratitud a todos los asistentes. Para concluir, la investigación y la tesis doctoral conducentes a este libro no habrían sido posibles sin el respaldo institucional del Museo Histórico Nacional, del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y de la DIBAM; y sin el apoyo financiero de MIDEPLAN, del Centre of Latin American Studies (Universidad de Cambridge) y de Trinity Hall (Universidad de Cambridge).

NOTAS

¹ "Santiago Antiguo", *Pacífico Magazine*, agosto de 1915, 142.

² Fernando Bruner Prieto, "Santiago Antiguo", *Zig-Zag*, 15 de enero de 1916.

³ Para un examen de la historiografía sobre el tema, remito a Rafael Sagredo Baeza, "Élites chilenas del siglo XIX. Historiografía", *Cuadernos de Historia*, 16 (1996), 103-32.

⁴ Para una crítica a los enfoques no relacionales en la materia, véase Asunción Lavrin, "Género e historia: una conjunción a finales del siglo XX", *Nomadías*, n° 1 serie monográfica (Santiago, 1999), 16.

⁵ Gerda Lerner, *Why History Matters: Life and Thought* (Nueva York, 1997), xvi. Prefiero adelantarme a las críticas, legítimas de no mediar estas aclaraciones, que podría despertar el uso indistinto de los sustantivos "aristocracia", "patriciado" y "oligarquía", al momento de referirme a la elite tradicional. Desde sus formulaciones más tempranas —pienso en los *Systèmes socialistes* (1902) de Vilfredo Pareto—, la teoría de las elites, reconociendo como hecho social primordial la existencia de una minoría o clase dirigente que detenta el poder en todas sus variantes, ha admitido el empleo alternativo de la voz "aristocracia", entendiéndola como el grupo que reúne en sus manos preeminencia política y económica, y ya no solamente como la condición privilegiada por derecho de sangre, al modo de la nobleza, o bien como el gobierno de los mejores, en caso de que nos remitamos al pensamiento político griego. En este plano teórico, es válido hablar de aristocracia cuando se alude a la elite chilena, tanto más cuanto sus propios miembros, e incluso personas ajenas a sus círculos, acostumbaban a referirse a ésta con el mentado término. Respecto a la noción de "patriciado", de seguro familiar para los asiduos a la historia romana, la utilizo en su acepción más general, a saber: como designación de un conjunto de personas ilustres, en tanto se distinguen del resto de sus conciudadanos a causa de su posición y/o de sus funciones. A primera vista, el recurso al rótulo "oligarquía", que etimológicamente significa el "gobierno de pocos", aparece como el más cuestionable, dadas las connotaciones negativas que han acompañado a esta expresión, desde la Antigüedad en adelante. Con el transcurso del siglo XX, sin embargo, "ha

entrado ampliamente en el lenguaje de la ciencia política perdiendo por otra parte poco a poco su primitivo significado de valoración negativa y adquiriendo uno axiológicamente neutral": Norberto Bobbio, "Oligarquía", en *Diccionario de política: I-z* (7ª ed., México, 1991), 1068. Lo anterior, para concluir, ha propiciado su identificación con el vocablo "elite", restándole pertinencia a su uso polémico, en favor de su función descriptiva.

⁶ Carroll Smith-Rosenberg, "The Female World of Love and Ritual: Relations between Women in Nineteenth-Century America", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 1: 1 (1975), 28.

⁷ Roger Chartier, "Las prácticas de lo escrito", en Philippe Ariès y Georges Duby, eds., *Historia de la vida privada*, vol. 5: *El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII* [1989] (Madrid, 1992), 156.

⁸ John Brewer, "'The most Polite Age and the most Vicious': Attitudes towards Culture as a Commodity, 1660-1800", en Ann Bermingham y John Brewer, eds., *The Consumption of Culture, 1600-1800: Image, Object, Text* (Londres, 1995), 344.

⁹ Luis Barros Lezaeta y Ximena Vergara Johnson, *El modo de ser aristocrático: el caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, 1978).

¹⁰ *Ibid.*, 47.

¹¹ *Ibid.*, 67.

¹² Luis Barros y Ximena Vergara, "La imagen de la mujer aristocrática hacia el novecientos", en Paz Covarrubias y Rolando Franco, eds., *Chile: mujer y sociedad* (Santiago, 1978), 229-47.

¹³ Hans Medick, "'Missionaries in the Rowboat?': Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History", en Alf Lüdtke, ed., *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life* (Princeton, 1995), 44.

¹⁴ Giovanni Levi, "Sobre microhistoria", en Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia* (Madrid, 1993), 121, 124, 137-38.

¹⁵ Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino* (Barcelona, 1999).

¹⁶ Francisco Javier Ovalle Castillo, *La sociedad chilena: retratos de mujeres ilustres* (Santiago, 1919), 11-12.